

Dr. Ignacio González G.

Francisco Rabelais, humanista y médico



SEÑORAS, señores:

Varias son las razones que me han hecho elegir como tema de esta charla, con la que accedo gustoso a una solicitud de los estudiantes de medicina, a Rabelais, humanista y médico.

En primer lugar, alguna de orden personal: mi simpatía por el hombre y mi agradecimiento por las placenteras horas en que me ha sido dado gozar con las aventuras y reflexiones de sus gigantescos héroes.

En seguida el hecho que a su categoría de humanista del Renacimiento, uniera la de médico; no se le recuerda a Rabelais como médico es cierto, sino como humanista y literato; pero es seguro que la medicina tuvo una buena parte en el desarrollo de su personalidad.

Pero hay otras razones más, todavía.

Bardaieff ha sostenido que el mundo se encamina hacia una nueva Edad Media.

Estaríamos, pues, en el período involutivo de la humanidad, en un nuevo Renacimiento, pero al revés: así como en una película que se pasa de atrás adelante, vemos que el hombre que salió disparado de un cañón, vuelve a entrar y con él entra también, recogándose, el humo del disparo, así nuestra

humanidad volvería a entrar en su nueva edad media y asistimos a la muerte, ante un nuevo medievalismo, de lo que triunfó en el Renacimiento.

La libertad discutida, cuando no suprimida; el pensamiento aherrojado y comprimido dentro de dogmas que no aceptan la menor duda o flaqueza; un espíritu de barbarie y de guerra amenazando al mundo; Santos Oficios que con los más variados y antiestéticos nombres emulan en ferocidad al que tan horroroso recuerdo nos legara; conflictos entre estados y religiones, etc.

Ante un panorama así, ante este espectáculo deprimente, es oportuno recordar un ejemplo, cuya evocación puede traernos un rayo de optimismo, al demostrarnos que la victoria sobre el espíritu es siempre fugaz.

Es, en seguida, oportuno, recordar la vida de un humanista-médico del Renacimiento, hoy en que una tendencia practicista pseudo-científica, amenaza desplazar al humanismo de la enseñanza y en especial de la enseñanza médica.

Una mirada al Renacimiento y a la historia de la medicina nos recordarán que nuestra ciencia es hermana de la filosofía, de las letras y de todas las altas disciplinas del espíritu y que el humanismo ha jugado en su desenvolvimiento un papel tan importante como los descubrimientos científicos.

¡Habré de recordarles que la medicina hipocrática a la cual hoy volvemos, recibió la influencia de la filosofía griega, con Platón, con Sócrates, con Pitágoras, con Aristóteles?

Cuando la medicina, allá por la Edad Media, salió de los conventos, la enseñanza médica de Montpellier, de Salerno, de Padua, de Boloña o de Salamanca, era una rama de la filosofía y su ejercicio considerado como una profesión erudita. El Trivium —gramática, retórica y dialéctica— y el Quadrivium —aritmética, geometría, astronomía y música— que constituían las artes liberales, formaban parte, junto con la

anatomía y el comentario de los libros de Hipócrates, Galeno y Avicena, del programa de la medicina.

¿Habré de recordarles, por fin, que las más grandes figuras de nuestra profesión han sido, precisamente, aquellas que han cultivado la medicina sobre la base de una amplia cultura humanística que ha dado a sus espíritus la flexibilidad, la serenidad, el juicio crítico y todas aquellas cualidades excelsas que las han hecho destacarse sobre el nivel común?

Recordemos las palabras de Terencio, que aunque nos parezcan hoy quiméricas, nos deben señalar una ruta: «Soy hombre y nada de lo humano me es extraño».

Y estas otras de Dumas, hijo: «El hombre de talento es aquel que sabe otra cosa fuera de su oficio».

La época.— El Renacimiento, ese despertar maravilloso de la conciencia humana después de la larga noche medieval, se nos aparece ahora a nosotros, mirado en conjunto y a la distancia, como una poética aurora tropical, en que junto al alborear del sol que devuelve sus colores opacos por la noche a la multitonal naturaleza, el concierto de la vida que vuelve a la vida va elevándose de tono, en un crescendo que comparten luz, música y colores hasta llegar a una plenitud majestuosa.

Pero si acercamos la lente de nuestra curiosidad a este cuadro, veremos que cada instrumento de este concierto humano, significó sufrimientos, luchas, dolores y muertes, antes de que su nota vibrara con nitidez.

La Edad Media agonizaba y con ello moría un mundo que a los que lo vieron parecía tan macizo, tan bien ajustado.

Pero esta muerte no era una muerte plácida y los que sucumbían, los que veían al espíritu renovador invadirlo todo y expulsarlos a ellos de los lugares consagrados, luchaban con denuedo contra el usurpador.

Se pagaba caro, a fines del siglo XV, el delito de pensar y más caro todavía, el delito de vivir como se pensaba.

Andrés Vesalio moría de hambre en una isla desierta, por haber afirmado que Galeno se había equivocado; Miguel de Servet era quemado en la hoguera, porque vislumbró el secreto de la circulación de la sangre que pocos años después y no sin heroica lucha diera al mundo el genio de Harvey; Galileo procesado y salvado milagrosamente de la hoguera, por creer lo que pocos años después, nadie dudaba; Colón, objeto de mofa de parte de los buenos frailes de la Rábida; Erasmo, perseguido y obligado a una sagaz prudencia; Juan Hus, entregado al verdugo a pesar del favor imperial; Camoens, muerto en la miseria y en la desesperación y tantos otros que pesan en el haber del libro de la humanidad y que sería largo, larguísimo enumerar.

«Era el 18 de abril de 1485. Por toda Roma corrió el rumor: unos obreros lombardos que abrían una zanja a lo largo de la vía Apia, encontraron un sarcófago en que se leían sobre el mármol estas palabras: Julia, hija de Claudio. Al abrirlo apareció el cuerpo de una virgen de 15 ó 16 años, cuya belleza, conservada por unguentos desconocidos o por algún arte mágico, brillaba con deslumbrante lozanía. Su espléndida cabellera rubia resbalaba sobre sus blancos hombros, y su boca sonreía en el sueño eterno. Un grupo de romanos, conmovidos y entusiastas, levantó el marmóreo lecho de Julia para trasladarlo al Capitolio, donde todo el pueblo en interminable procesión, pudo admirar la inefable belleza de la virgen romana. Se produjo una contemplación silenciosa incesante; porque aque'la forma, según los cronistas, era mil veces más admirable que la de los cuerpos más bien proporcionados de las mujeres más bellas.

«La emoción de aquel espectáculo fué tan viva que hizo temer al Papa Inocencio la posibilidad de que se convirtiera en un culto pagano e impío en torno del cuerpo admirable y

la boca sonriente de Julia; por lo cual ordenó que de noche lo robaran y lo hizo desaparecer en el más absoluto secreto, pero no pudo borrar en la memoria de las gentes, aquel destello de la belleza antigua que se había revelado ante sus ojos.

«El Renacimiento en Italia y en toda Europa fué así: un resurgir de la antigüedad. Las letras y las ciencias antiguas restauradas. ¡Qué verdad fecunda, qué poder vital encierran y ofrecen las obras maestras de Grecia y de Roma!

«Salen del polvo y la inteligencia humana rasga en seguida el sudario que las envuelve. De algunos vestigios dispersos, enterrados mil años ha, brota un manantial inagotable de juventud. Los espíritus nutridos de escolástica, formados en las disciplinas estrechas de la escuela, reciben con el trato de los autores antiguos, una inspiración libertadora». (Anatole France).

Al hombre medieval, cegado intelectualmente por una fe dogmática que se le imponía, por una filosofía que no era sino la interpretación castrada de lo griego o lo romano y estrechado físicamente en un mundo que no llegaba más allá de los límites inmediatos de la Europa, y que miraba al firmamento sin sospechar siquiera su verdad, se le abrió por esos años últimos del siglo XV un mundo nuevo, geográfico, sideral y espiritual.

Colón descubría en 1492 el Nuevo Mundo y rasgaba el horizonte geográfico que habrían de explorar posteriormente Magallanes, Vasco de Gama, Cabot y tantos otros.

Copérnico agrandaba el horizonte sideral, con su descubrimiento del movimiento de los astros y del sistema solar, y trastornaba de esta manera todo el pensamiento y las concepciones del mundo.

Por el mismo tiempo Andrés Vesalio escudriñaba el cuerpo humano y le daba estructura en su *De corpori humani fabrica*; pecado que habría de pagar, como hemos dicho, con

su vida en un naufragio de vuelta de una peregrinación punitiva a Tierra Santa.

En el mundo de las ideas se opera la misma revolución: reaparece el culto de lo humano en oposición a lo teológico, con un florecer del interés por la antigüedad greco-latina y todos los espíritus selectos se nutren de esta nueva savia vivificante.

Erasmus de Rotterdam, el pontífice máximo de esta nueva religión, repartía su ciencia bienhechora desde Basilea u Oxford y mantenía la fe en una pléyade de espíritus superiores ávidos de saber y de perfeccionamiento.

Este despertar científico y espiritual tenía su acompañamiento en lo mundano.

El comercio se intensificó en proporciones hasta ese momento desconocidas: aparecen las casas de Banca, aparece el cambio y la especulación. Se amasan grandes fortunas, cuyo dominio financiero es más grande que el poder de príncipes o emperadores.

Kleberger, el «buen alemán», de Lyon, auxilia pecuniariamente a Francisco I.

Hochstaedler, de Augsburgo, fué el precursor de las actuales Cajas de Ahorros; sus audaces empresas parecen las de un Krüger de nuestro tiempo y su quiebra se recuerda como la primera crisis mundial del crédito.

Los Furger, de Augsburgo también prestamistas de Papas y Emperadores y también generosos Mecenas.

Los Thurzo, de Checoeslovaquia.

Juan Anjo, armador de Dieppe, que fué capaz por sí solo de bloquear a Lisboa con su escuadra y de dispersar a la escuadra portuguesa.

En Italia, los Chigi, los Médicis, los Strozzi, los Salvati, etc.

«Con el Renacimiento, el dinero, o más bien el papel—letras de cambio, obligaciones, crédito—se convierte en rey del

mundo. La situación respectiva de las clases sociales se modifica hasta en sus fundamentos, dicen Hauser-Renaudet.

La estructura de la sociedad, las costumbres, todo, sufre la influencia de los cambios profundos que se operan en las conciencias y en el ambiente.

El enriquecimiento de unos pocos trae el empobrecimiento de la aristocracia, que se ve suplantada por los nuevos ricos y relegada a un papel secundario. Al mismo tiempo se hace más profunda la separación entre la aristocracia, los ricos y el común, el pueblo que nada poseía y hasta el cual no llegaban las transformaciones que agitaban a las clases altas de la sociedad.

Los hábitos, la moral, todo se transforma y altera: hay afán de lujo, de sensualidad, relajación de las costumbres, superficialidad.

La religión no salía mejor parada; en su seno se agudizaban ya las disensiones que iba a producir a corto plazo la Reforma.

El clero mismo sufría la influencia del medio: el alto clero, los dignatarios, los Obispos, Cardenales y Papas hacían vida mundana como los príncipes temporales y muchos aceptaban las nuevas ideas con tolerante simpatía, cuando no con entusiasmo; el clero bajo, al cual no llegaba ni lujo ni la vida fácil y holgazana, ignorante y fanático, se mantenía aferrado a la tradición.

La corte romana, que tantas frases de condenación arrancó al hermano Rabelais, vivía en medio de un lujo que eclipsaba a la del rey de Francia: diversiones, fiestas, bellas mujeres, intrigas y hasta conspiraciones y asesinatos.

Pero no todo era goce en las cortes de Alejandro VI, Julio II o León X. Hondas preocupaciones surcaban sus frentes ante la amenaza creciente a su poder espiritual y temporal.

La Reforma emancipaba millones de almas que hasta ese momento les habían sido fieles. En Francia luchaban denoda-

damente católicos y reformadores y el rey se aprovechaba de esta división para menoscabar el poder papal y conquistar tierras de Italia.

En la misma península, Savonarola vencía a los Médicis, expulsándolos de la alegre Florencia, estableciendo una república monacal, y desconoce la autoridad del pontífice romano.

En lo temporal había de hacer el Papa supremos esfuerzos por defender su supremacía en Italia y por contener las ambiciones de Francisco I, Carlos V o Carlos VIII. Ya la voz del representante del Señor en la tierra había perdido mucha de su potencia y eran otras razones que el temor de Dios las que impulsaban a los ejércitos.

Aislados en un mundo indiferente, cuando no hostil, los humanistas formaban como una cofradía secreta.

Era muy fácil en esos tiempos de apasionamiento y de luchas religiosas, hacerse sospechoso de herejía, lo cual significaba ir a podrirse en alguna mazmorra pestilente o perder la vida en la horca o la hoguera.

Y además ¡qué dificultades había que vencer para lograr instruirse!

Los maestros eran muy contados y no siempre se tenía la oportunidad de estar a su lado. Los libros, carísimos y muy escasos: había que sacrificar el pan para adquirirlos, cuando no se tenía la suerte de frecuentar la biblioteca de algún convento o de algún gran señor.

Así se explica que estos hombres, estimulados por el afán de saber, se buscaran, se visitaran y mantuvieran una nutrida correspondencia en griego o en latín, que reemplazaba a las conversaciones y a nuestras modernas revistas.

Rabelais llega a Fontenay y luego traba conocimiento con dos o tres frailes de sus mismas aficiones, entre ellos Pedro Lamy. A través de ellos, conoce a otros de la comarca y tiene sus ágapes junto a la mesa acogedora de algún noble,

que es también un aficionado y que les brinda hospitalidad y protección.

Envidia a su amigo Lamy que se escribe con Guillermo Budé y le pide, como un servicio inestimable, que lo ponga en contacto epistolar con él. Después, en Lyon, puede satisfacer uno de sus más ardientes deseos: comunicarse con Erasmo, gracias a que su amigo, el obispo de Rode, le pidió que le enviara un libro en su nombre. Le escribe entonces, una carta en que se da a conocer y le solicita su amistad.

No me resisto a transcribir un párrafo de ella, citado por Anatole France, que es un ejemplo del estilo ampuloso, ciceroniano, que estas gentes cultivaban:

«He aprovechado solícito esta ocasión, ¡oh, padre mío, en humanismo!, para probarte con mi respetuosa gratitud a donde alcanza la veneración y la sumisión filial que me inspiras. ¿He dicho padre? Mejor te llamara mi madre, si tu indulgencia me autorizase, porque lo que hacen las madres, que nutren al fruto de sus entrañas antes de haberlo visto, antes de saber siquiera lo que será, y le protegen y le abrigan contra las inclemencias del ambiente: eso has hecho tú conmigo; conmigo, cuya existencia no conocías y cuyo nombre oscuro no podía merecer tus favores. Te reverencio una vez más, padre querido, honra de la patria, apoyo de las letras, campeón indomable de la verdad».

A mediados del siglo XV era inventada la imprenta y la palabra escrita, que hasta ese momento costaba horas y horas de paciente labor en los claustros, se difundió en forma jamás soñada.

Pronto el invento fué perfeccionado y su uso se extendió más y más y se convirtió en la universal dispensadora de las letras sagradas y profanas.

París tuvo su primera prensa en 1560; pocos años después contaba con 20 ó 30; Lyon poseía 50 a principios del siglo XVI; en Alemania por los mismos años había más de mil.

En 1470 se editan las obras de Virgilio; en 1488, las de Homero; 10 años más tarde las de Aristóteles y en 1512 las de Platón.

Como una curiosidad, diremos que el primer libro de medicina que se editó fué el Calendario de la Purga, por Gutenberg, en 1457.

Los tesoros de la antigüedad, guardados por años y años en las bibliotecas de los conventos, salían al siglo y estaban al alcance de los bolsillos de los estudiosos que no eran, lo mismo que hoy, los más rellenos.

Con la imprenta la cultura empezó a democratizarse.

Porque en el tiempo de que hablamos, no eran cultas sino las clases altas de la población. El pueblo no contaba, era el rebaño ignorante, infeliz, semiesclavo, del cual se ocupaban los señores para el trabajo o la guerra o los frailes para salvar su alma.

Los humanistas mismos no se preocupan sino de las «élites». Erasmo dice: «El papel de un buen príncipe no es admirar nada de lo que glorifica el vulgo. Un verdadero príncipe debe estar alejado de las bajas pasiones de la multitud. Es vil e indigno de su parte sentir con el pueblo».

Francisco Rabelais vino a la vida en una pequeña ciudad de Turena, Chinon, en 1485. Era el cuarto hijo de una familia acomodada y parece que como era uso en aquel entonces, fué dedicado a la vida monástica, y es así como a la edad conveniente fué enviado, no lejos de su ciudad natal, a la Abadía de Seuilly para que empezara su educación.

Parece que nuestro héroe no perdonó a sus padres el haberlo consagrado a Dios, porque entre otras análogas, pone en boca de uno de sus personajes, el hermano Juan de los Entommeures, la siguiente frase: «Me asombra que los hayan lle-

vado nueve meses en la barriga y no puedan soportarlos nueve años, ni siquiera siete, en la casa. Sobre su ropita le ponen un hábito, le cortan los cabellos en la coronilla y con unas cuantas frases los convierten en pájaros».

Luego entró como novicio en el convento de La Baumette, cerca de Argers, en donde conoció a tres personajes que iban a tener una gran importancia en su vida: Godofredo de Estissac, futuro obispo de Maillezais y los dos hermanos Du Bellay, uno de los cuales iba a ser obispo y Embajador ante la Santa Sede.

Terminó su noviciado y recibió las órdenes en 1520, en el convento franciscano de Fontenay-le-Comte.

Allí se dedica con ardor al estudio, entra en relación con algunos frailes humanistas, entre ellos Pedro Lamy, a quien hemos aludido antes, y se orienta definitivamente en estudios greco-latinos. Pronto su versación y la ductilidad de su ingenio, le hacen conocido en círculos más amplios y cultiva relaciones con los espíritus más cultos de la comarca.

Pero, como hemos dicho, si gran pecado era pensar en ese tiempo, mucho más lo era conocer el griego, que se suponía cercano a la herejía y los buenos e ignorantes frailes de Fontenay abrigaban serias dudas acerca de la fe y convicciones del hermano Francisco. No tardaron los rumores en tomar cuerpo y el estudioso fraile vió con pena que se registraba su celda, se confiscaban sus libros y se le encerraba en el convento, bajo la grave acusación de leer en griego y de distraer el producto de sus prédicas en la adquisición de libros entre cuyas páginas se escondía el rabo de Satanás.

Pero no era Rabelais de aquellos que se dejaban vencer tan fácilmente. Burló a los vigilantes y en compañía de su hermano en religión y en humanismo, Pedro Lamy, huyó del encierro.

Libre ya, pero temiendo la persecución religiosa, recurre a su antiguo compañero de Seully, Godofredo de Estissac, que

ya era Obispo de Maillezais y consigue del Papa el indulto y permiso para oficiar de Canónigo regular.

Se quedó algún tiempo en compañía de su amigo el Obispo, el cual, como muchos preladados de su tiempo, acogía favorablemente y ayudaba a los humanistas y vivía rodeado de algunos de éstos en una reducida corte. En este círculo, Rabelais ya brilló como un astro de primera magnitud como filósofo, teólogo, matemático, jurisconsulto, músico, astrónomo pintor y poeta.

«En eso igualaba, como dice Anatole France, a Erasmo y a Budé, pero en lo que resultaba único o por lo menos raro en su siglo, era en que su ciencia no emanaba sólo de los libros, sino que se producía naturalmente no literaria sino intuitivamente, no sólo de palabras sino de cosas y seres vivos».

Por este tiempo nace en él la idea de estudiar la medicina y después de viajar por diversas ciudades, se traslada a Montpellier.

La Facultad de Medicina de Montpellier era la más antigua de Europa y rivalizaba con la de Salerno en fama y brillo. Se impartía allí la enseñanza europea clásica medieval y la de árabes y judíos, que a través de España había llegado a Europa. Allí desde el siglo XIII iban a buscar ciencia o a impartir enseñanza, los hombres más ilustres, como Raimundo Lulio, Arnaldo de Villanova, Juan de Allais, etc.

En esta Escuela se inscribe a nuestro clérigo, de la siguiente manera: «Yo, Francisco Rabelais, de Chinon, diócesis de Tours, he venido para estudiar la medicina, y escojo por padrino al ilustre Maestro Juan Chirón, Doctor y Regente de esta Universidad: prometo observar todos los estatutos de dicha Facultad de Medicina, los que son generalmente respetados por los que de buena fe han dado su nombre y presto juramento de seguir la costumbre, lo cual firmo con mi propia mano el día 19 de septiembre del año del Señor 1530».

No es de dudar que Rabelais, erudito ya en las artes y conocimientos de su época hiciera espléndidos estudios de medicina y no es de dudar tampoco que, llevado de su genio travieso y de su ingenio chispeante, se sintiera más hombre que fraile y siguiera a los estudiantes en todas sus correrías y francachelas.

Graduado de bachiller dió conferencias públicas acerca de los «Aforismos» de Hipócrates y del «Ars Parva» de Galeno, siendo el primero que lo hiciera consultando él directamente el texto griego.

Pero no se recibe de médico y su espíritu inquieto lo lleva a Lyon, donde fué nombrado médico del Hospital con una remuneración de 40 libras al año, y profesor de anatomía. Durante esta estada en el Hospital de Lyon, afrontando las consecuencias que pudiera traerle, disecó públicamente a un ahorcado, hecho que fué celebrado por Etienne Dollet, su amigo, que era también un humanista, como un hecho plausible y extraordinario. En esto se puede considerar como un precursor de Vesalio.

Pero la vida no era fácil para nuestro héroe; sus ganancias no le bastaban para vivir y publicó en la casa de Sebastián Griphe, a donde concurría asiduamente para leer lo que no podía adquirir, las «Epístolas medicinales monardis» y los «Aforismos» de Hipócrates, y al mismo tiempo Almanagues y Predicciones, en los que ponía mucho de su propia cosecha en forma de chistes, máximas y consejos; libritos estos últimos que se vendían como pan caliente.

Y por último, tomando como pie una serie de historietas vulgares que andaban, de boca en boca, entre la gente del pueblo, compuso una obrita titulada «Las grandiosas e inestimables crónicas de Gargantúa», del cual se vendieron más ejemplares en un mes, que de todos los otros libros del editor.

Luego, animado por el éxito, agregó su «Pantagruel».

más retocado y personal y rehizo el primero a la altura del segundo.

Estos libros, aunque en las apariencias no eran sino historietas graciosas, provocaron en el clero bajo y en especial en la Sorbonne, que ya estaba en efervescencia por la infiltración de las ideas heréticas, una indignación enorme de la que su autor se salvó sólo gracias a la influencia de su otro amigo de Seuilly, y el cardenal Du Bellay, Obispo de París que le tomó a su servicio como médico y que pronto partió en embajada a Roma. Allí se puso en contacto con nuevos humanistas y curioseó todo lo que pudo. Esta estada duró tres meses.

Acompañando al obispo que ya había sido hecho cardenal, volvió nuevamente a Roma en 1536 y aprovechó la ocasión para regularizar su situación religiosa, solicitándolo del Papa.

Pide en esta súplica, «autorización para recobrar el hábito de San Benito y para practicar la medicina entre los límites impuesto a los religiosos, es decir, hasta la aplicación del hierro y del fuego, exclusivamente, con humanidad y sin espíritu de lucro».

Vuelve a Francia y entra en la Abadía benedictina de Saint-Maur, de la cual hubo de salir al poco tiempo, con gran sentimiento de su parte, porque dice que era «paraíso de amenidad, salubridad, comodidad, delicias y toda suerte de honestos placeres» debido a que fué transformada en Colegiata.

Reingresa, entonces, a la Facultad de Montpellier y se gradúa de doctor, va a Lyon y desde aquí a Turín, en donde sirve como médico del Virrey francés. De allí nuevamente a París en donde obtiene del Rey permiso para imprimir el tercer libro de «Pantagruel» y después el cuarto. El quinto libro, se editó después de su muerte y se ha creído que sea apócrifo aunque nada parece probarlo.

Pronto lo vemos en Metz, como huésped del señor Saint-Ay y vuelve nuevamente a París a servir al cardenal Du Bellay.

Pero los enemigos de Rabelais eran muchos y poderosos y sus libros levantaban enconada resistencia entre el clero conservador, que tenía su más alta expresión en la Facultad de Teología de la Sorbonne. Probablemente le habrían suprimido la vida si no hubiese sido por la benevolencia de Enrique II, de los Guisas y del cardenal de Chatillon, quien lo nombra párroco de Meudon, en donde pasa sus últimos años.

A todo esto la Sorbonne censura sus libros y prohíbe su impresión y venta. Se llegó a decir que había sido preso y encarcelado.

Perseguido y desengañado, pasó en Meudon los últimos años de su vida. No se sabe la fecha exacta ni el lugar de su muerte; algunos dicen que fué en Meudon, otros en París en 1553.

Sobre la vida de Rabelais se han tejido innumerables historias que nos lo presentan como un gozador, gran bebedor, amigo de francachelas y cuyas burlas no respetaban a nada ni a nadie.

Se dice, por ejemplo, que en una ocasión, en el convento de Fontenay, disfrazado convenientemente, se colocó en la hornacina del santo patrono del convento y cuando los fieles fueron a orar, los aspergó con un líquido personal que no era, por cierto, agua bendita.

A su muerte, Ronsard, su contemporáneo, le dedicó un epitafio en que lo ensalza como un bebedor insaciable:

Desde que el sol ha salido
hasta el nuevo amanecer,
por mucho que haya bebido,
nunca deja de beber.

Cantó la maza y la yegua
del Gigante Gargantúa
que sabe luchar sin tregua
y su fama perpetúa.

Cantó la constitución
del incauto Papiman,
las glorias de Epistemón
y las del hermano Juan.

Detén viajero tus pasos,
y en la funeraria losa,
vierte de vino unos vasos,
trae morcillas y jamones,
que un primate aquí reposa
de beodos y glotones.

En realidad se le confunde con sus personajes y se le atribuyen todos los vicios que en ellos personificó. La historia, más imparcial que sus contemporáneos, le ha levantado muchos de estos pecados.

Parece que, si bien el hombre no era un asceta y hasta tuvo un hijo que murió a los pocos años, sólo gustaba de la buena mesa y de los sabrosos vinos, hasta donde eran en aquellos años complemento indispensable de la vida.

Como todos los genios del Renacimiento pudo hacer su vida debido a la protección y ayuda de algún personaje rico o bien colocado, pero esto no puede tildarse como un defecto exclusivo suyo, ya que fué una ley universal de los genios de aquel tiempo.

Lo que caracteriza su vida es la inquietud: inquietud que en el orden intelectual lo llevó a cultivar con fervoroso empeño las ciencias y conocimientos de su época, precisamente desde los tres ángulos desde los cuales nada se le podía

escapar: los estudios religiosos, la medicina y el humanismo.

Inquietud física, que como complemento que era de la anterior, lo hizo viajar incansablemente por toda Europa, tras nuevos contactos que le brindaran nuevo saber.

Lo vemos haciendo una vida fácil y regalada en la corte de algún obispo o de algún príncipe y abandonarla de la noche a la mañana para irse a estudiar medicina o a un convento benedictino o a cualquier parte, a pasar pellejerías y penurias.

Rabelais fué sacerdote, porque se le educó para tal, pero luego su saber y su espíritu crítico lo hicieron asquearse de la vida monástica, inculta y rutinaria, de la que pasó alejado durante sus años de actividad y a la cual volvió sólo temporalmente, como una manera de escapar de la persecución de sus enemigos.

Fué un digno y devoto sacerdote y un párroco ejemplar para sus feligreses, según testimonios fidedignos.

Pero pese a su fe y a su sincero respeto por la religión, no se le podía pedir a un hombre de su saber y de su sensibilidad que soportara el ambiente ignorante y hostil a toda cultura de la generalidad de los conventos de su tiempo.

Fué médico por ansias de saber, por curiosidad intelectual, y ejerció la medicina como una manera de ganarse la vida, cuando no contaba con el apoyo de algún personaje influyente. Fué, podríamos decir, un «dilettante» de la medicina: su espíritu tenía vuelos más amplios que los que le habrían permitido el solo ejercicio y estudio del arte hipocrático.

La medicina lo recuerda como un símbolo, como a una curiosidad en cuanto a ella misma, pero le es deudora de eterno reconocimiento por su papel como humanista, por su contribución inestimable al advenimiento del espíritu libre, por su papel de destructor de rígidos dogmas religiosos o filosóficos, por su papel de liberador de los espíritus cegados por la niebla medieval.

Siguiendo las costumbres de su tiempo, practicó la astrología, pero para burlarse de ella, de los astrólogos y adivinos: «La mayor locura del mundo, decía, consiste en suponer que hay astros para los reyes, para los papas y magnates y no hay para los pobres y desventurados; como si después de los tiempos del diluvio, de Romulus o de Pharamond, hubieran sido creadas nuevas estrellas correspondientes a la exaltación de nuevos reinados».

En el libro que lo ha hecho famoso, «Gargantúa y Pantagruel» y de cuya aparición a lo largo de la vida del autor hemos ya dado noticia, nos relata las «grandiosas e inestimables aventuras, hechos y dichos» de estos dos gigantes, alrededor de los cuales giran una serie de otros personajes igualmente extravagantes. Aventuras que los ponen en contacto con hombres, lugares y situaciones extrañas, fantásticas y divertidísimas y que dan pie a Rabelais para criticar y ridiculizar, en forma despiadada, las instituciones, modas, costumbres y creencias de su tiempo.

Pero no se queda sólo ahí: los diálogos, las situaciones, la acción toda de la novela están empapados en la cultura e intuición de su genio superior y disertada seriamente haciendo reír, sobre política, moral, religión, teología, filosofía, medicina, aritmética, arquitectura, etc.

«Gargantúa y Pantagruel» es una joya de la literatura francesa, joya por la forma, pues Rabelais manejaba el francés a las mil maravillas y cuando le faltaba algún término preciso, lo inventaba del griego o del latín, pues conocía tan bien como su lengua propia, todas las vivas y muertas.

Joya en cuanto al fondo, porque si bien es un libro gracioso, graciosísimo—y muchos espíritus selectos lo han tomado sólo como tal—es también, como acabamos de decir, una crítica formidable de toda la sociedad de su tiempo. Y más todavía, en el fondo, en medio del chiste, de la grosería—porque

también las tiene—o de la burla, hay filosofía y profundas enseñanzas de perenne actualidad.

«En un relato divertido, y con que el autor al escribirlo se ha divertido a sí mismo, dice Funck-Bretano, bulle magníficamente todo un mundo de pensamientos, de reflexiones concernientes a hombres y cosas y en la cual la penetración y la perspicacia van tanto más lejos cuanto que son espontáneas, nacidas de la fantasía de un cerebro grandioso, uno de los más extraordinarios con que se haya honrado la humanidad. En todas las cuestiones de alcance general: moral, sociología, religión, política, Erasmo había llegado a las mismas conclusiones a que llegara Rabelais, pero el filósofo holandés había llegado ahí por camino diferente, por la reflexión, por un pensamiento preparado, por deducciones lógicas y precisas, después de una severa y larga aplicación intelectual; en la obra del novelista francés todo es brillo y salto hacia una verdad tumultuosa en la alegría y en el desborde de un buen sentido luminoso».

La Facultad de Teología de la Sorbonne, que era la reguladora de la religión y de la moral en la Francia del Renacimiento, persiguió a Rabelais encarnizadamente, aunque sin lograr herirlo, debido a sus altos protectores, entre los cuales se contaba la reina y el mismo Francisco I.

Fué atacado, porque a su vez atacaba y ridiculizaba a la teología de su tiempo, a la que llamaba Mateología, del griego «mateios», vano, inútil y «logos», discurso, debido a su bizantinismo, inutilidad y dogmatismo. Era partidario de la tolerancia con todo hombre bien intencionado.

Fué en un tiempo simpatizante con la Reforma, pero luego cambió, cuando vió que los reformadores eran más intransigentes que los ortodoxos y que caían en el mismo fanatismo y en peores violencias.

Pedía, como Erasmo, el apaciguamiento de las pasiones y el advenimiento de la concordia entre hombres de buen corazón.

Creía que la sabiduría consistía en acercarse a las leyes de la naturaleza.

Como precepto moral, decía: «No dejes entrar la vanidad en tu corazón, pues esta vida es transitoria. Sirve a tus prójimos y ámalos como a ti mismo».

Tarea con mucho superior a mis fuerzas, sería adentrarme en el comentario crítico de la obra de Rabelais. Ello ya ha sido hecho y el fallo le ha sido ampliamente favorable.

Queda satisfecha mi intención con haber presentado ante ustedes, malamente, al hombre y a su obra y con haber evocado, describiendo a una de las más grandes figuras, el período tal vez más interesante de la historia del pensamiento humano: el Renacimiento.

Agosto de 1938.